

DIRECCION

Y ADMINISTRACION

CORRIENTES 526



DIARIO ILUSTRADO DE LA NOCHE, IMPERSONAL E INDEPENDIENTE

CIERRE FORZOZO

TELEFONOS

Redacción, 4521 (Avenida),
Administración, 4530 (Avenida)

pos Aires, regida por la autoridad
decretar el comitativo de ordenes. La
Punta vive feliz. Tan feliz como el mun-
do hubiera de volver a tener gobierno...

CON URNAS VIEJAS

Una decisión del viejo Ortiz ha re-
sultado en mil millones de electores a los
de los ciudadanos de Córdoba. No ter-
minará nunca para los próximos
electores. Esto no es una política que
el severo ministro tapone a la herencia
rebelde de los electores cordobeses.
Se trata de una imperiosa imposición de
los cronistas. El señor Ortiz quiere
usar urnas nuevas de su acero mo-
derno. Era su modo de festejar la po-
sibilidad del triunfo radical en Córdoba.
Amorosas urnas, de elegante diseño y
cálculo sano, dignas de figurar rebo-
santes de gobierno Valero en la mesa de
Trinidad. Urnas complejas bajo su
sencillez aparente, rizadas de doble
fondo y ricadas, arilladas de pre-
sencia y de ideas contrapuestas, mar-
avillas de la industria mecánica que
daban ganas de hacer una elección y
para tener el punto de suarlas. Urnas,
en fin, de buena y de firme, para ser
usadas de pedestal a la estela de un
inventor. Por desgracia para Córdoba,
para el señor Ortiz y para las urnas,
la misma perfección de éstas ha con-
ducido contra su victoria. No existe en
la docta provincia artefacto capaz de he-
ber cabido urnas. La industria cor-
dobesa ha fracasado miserablemente
ante los prodigiosos artefactos. Como si
para hacer de Robinson Crusó, la se-
ñal maravillosa del señor Ortiz no ha
resistido al primer empuje, víctima, pre-
cisamente, de su magnitud. Las electo-
res de Córdoba, entonces, se elevarán
en urnas viejas. Circunstancia que re-
sultará muchos encaños al acto electoral,
como lo resucen con cierta tristoria el
señor Ortiz.

¿SERAPIO DOCTOR?

No solamente las grandes cosas de el
neumatólogo improvisan doctores, pe-
queños, putadores, etc., etc. Y aparecen
Sánchez Salas y a otros cualquiera
unidos a uno de esos títulos y títulos
y títulos que representan el "doctor" pa-
ra gofio y sola del mundo infantil
que saloren con delicia sus accidentadas
actuaciones cónicas.

Dado el caso, bastante a menudo, que
algunos correspondientes de Córdoba, se-
ñalan para sí, la misión improvisadora de
doctores que nosotros creemos exclusi-
va del inalienable patrimonio del clero
católico como uno de sus tantos y eter-
namente adelantos.

Y vamos al rubro. Tal ha sucedido
con el "rudimentoso" Serapio Alvarez,
que cada vez que visita Córdoba, aparece
anunciado en los telegramas de las "ma-
nías" periodísticas de Buenos Aires.

"Para él el doctor Alvarez".
Sabemos que Serapio es chileno, que
gobernador, por una de esas cosas
incomprensibles e increíbles que suce-
den, que es suotario o que lo fue, pero
ahora no puede trabajar de notario,
cuando trabaja con tanto suceso de co-
rromper de una provincia argentina; e-
tonces además que el hombre se cree
plenamente cultivado, inteligente y hasta
voluntario; que aunque sea un puebleto
al fin, no deja por eso de hacerlo
y en la hora de la tarde, cuando se
trata de substar a algún bicho ilustré
y que lo único que le preocupa es el
título de doctor, cuando lo ha
terminado está ya color café; pero lo
que no sabemos es si el señor Serapio
doctor, a pesar de que puede que lo sea
en política y arte administrativo. "Chil
lo, doctor Alvarez."

Crotto y Ortiz

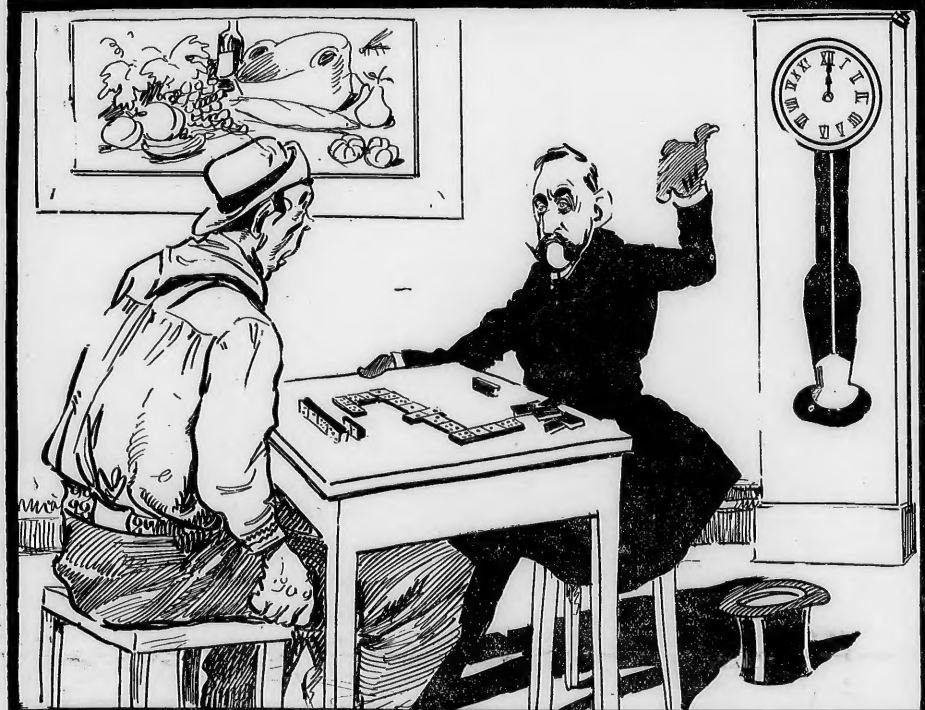
Relatan los diarios que ayer celebra-
ron una entrevista el señor Crotto y
el señor Ortiz. Acordaron, se dice, que
era, es cierto, el diputado Jerez, pero
esa entrevista y el episodio personalí-
simos.



La entrevista de los gigantes

surce trasgada por los dos emi-
nentes parlamentarios. El tema de la
conversación interesó bastante a la
historia.

Algunos detalles meritorios de la vida
electoral antaiguada, corroborados por
nuestra testimonial, señor Jerez.
Pero la trascendencia es el escepticismo
de ambos señores acerca de la posibilidad
de que se restará indeleble en el re-
cuerdo del único triunfo de la escue-
ra. Unos días después, el señor Crotto
y Ortiz se han encontrado en la
misma ciudad. La recta figura del se-
ñor, hecha al pedestal y al cambio
electoral, frente a la figura, endeble,
de ministro. El señor Crotto, de
cintura y de arbolito. Esa la bari-
metría de la vida política y de la
correr viciosamente torrencios de his-
toria, vibraciones brevísimas. Humarías
cruces, cruces misteriosas, hueras
quemando incienso al ideal común. Ha-
loria del futuro próximo y su dispa-
ria, recprocamente, cuadro de fami-
nar grandezas. Y el diputado Jerez
recta estatura de esta orquesta de al-
cantos, mudo y abismático.



GRAMAJO — Cerrado, compañero.
EL COMPAÑERO — ¿Cómo cerrado, si aún tengo fichas?
GRAMAJO — Pero son las doce y yo cerro todo a esa hora

Bienaventuranzas y aventuras DE UN GOBERNADOR GUARANI

Nada entre dos platos—
«¿Qué ha hecho hasta ahora el ac-
tual gobernador de Corrientes? — pre-
guntamos a un político de fuste, que
fuese modesto soberano para compare-
cer a un vecindario guaraní.
Nuestro interlocutor, cuyo estu-
dio ante semejante interrogación, lo
mirando su sombrero frente a nuestra



La obra del mandatario guaraní: nada entre dos platos

insinuación, nos dijo, como recordando,
en una de sus mare lacunares de "re-
verie".

«¿Qué ha hecho el doctor Loza? Na-
da. ¿No ha hecho nada hasta hoy?
En los dos años que lleva de gobierno
no ha hecho nada, absolutamente nada!
Por la esterilidad en persona.

Un gran destino—
«Ha tenido el gran destino — con-
trajo nuestro informante — de propo-
ner la ruptura del pacto liberal-autorita-
rio, que había logrado fundir una situación
política verdaderamente incommutabi-
le en aquella provincia. ¿Para qué? — in-
terrogamos. — Por impedir, desde ha-
ya, y como no existe peligro de im-
piedad, es imposible hacer responsable
de sus actos al postumo, cuya lenidad
mental es a todas luces evidente, por
centro la astronomología característi-
ca en acción política trahiere un inte-
res aludimiento de territorio.

La historia del portugués—
El sombrero se hizo ahora de nuestra
verba.

«Por qué le llaman de "portugués"
preguntamos.

«Es una historia divertida... ¿lo co-
noce usted al doctor Loza? Es un
viejo enano, con una cabeza torzote
de esos pocos metros de diámetro.
No sé cómo vino más de una vez
expuesto en las vidrieras de ciertos al-
mohores. Recuerdo hasta un rapun-
tado episodio de aquejado confesio-
nal, o de "check" para persona porjio-
sa.

en el hidrónimo de Lilliput, la apergun-
tada por el señor Loza, como al ac-
tismo anatómico, cual si temiera que
este se le desmayara al menor tropiezo.
reduciendo en humanidad a simple pol-
vo de videra. Es una muestra singular
de nuestro carácter. Por eso le ha-
llan en Goya El Portugués.

Corpo y capitulo—
«Nunca un espíritu ha correspondido
por el cuerpo en que se actúa, como en
el caso del Dr. Loza. La pobreza de la
carne refleja la del espíritu. Esta es la
causa que la carne que le sirve de
refugio. No luchando a creer que este
el cuerpo ha perdido la claridad. Sin
sino como muchos, muchísimos, en-
tendidos. Su ciudad es indefensa, sin principio.

«Nunca un espíritu ha correspondido
por el cuerpo en que se actúa, como en
el caso del Dr. Loza. La pobreza de la
carne refleja la del espíritu. Esta es la
causa que la carne que le sirve de
refugio. No luchando a creer que este
el cuerpo ha perdido la claridad. Sin
sino como muchos, muchísimos, en-
tendidos. Su ciudad es indefensa, sin principio.



Enjuto, desgraciado, escuálido, le llaman sus compatriotas "El Portugués"

«Por qué le llaman de "portugués"
preguntamos.

«Es una historia divertida... ¿lo co-
noce usted al doctor Loza? Es un
viejo enano, con una cabeza torzote
de esos pocos metros de diámetro.
No sé cómo vino más de una vez
expuesto en las vidrieras de ciertos al-
mohores. Recuerdo hasta un rapun-
tado episodio de aquejado confesio-
nal, o de "check" para persona porjio-
sa.

«Por qué le llaman de "portugués"
preguntamos.

«Es una historia divertida... ¿lo co-
noce usted al doctor Loza? Es un
viejo enano, con una cabeza torzote
de esos pocos metros de diámetro.
No sé cómo vino más de una vez
expuesto en las vidrieras de ciertos al-
mohores. Recuerdo hasta un rapun-
tado episodio de aquejado confesio-
nal, o de "check" para persona porjio-
sa.

«Por qué le llaman de "portugués"
preguntamos.

«Es una historia divertida... ¿lo co-
noce usted al doctor Loza? Es un
viejo enano, con una cabeza torzote
de esos pocos metros de diámetro.
No sé cómo vino más de una vez
expuesto en las vidrieras de ciertos al-
mohores. Recuerdo hasta un rapun-
tado episodio de aquejado confesio-
nal, o de "check" para persona porjio-
sa.

«Por qué le llaman de "portugués"
preguntamos.

otra serie de cosas prosaicas que
cambian su trayectoria por los can-
tinos de la vida. Pienso, tal mala lue-
ción, que el hombre está hoy en com-
pleta crisis de energías. La naturaleza
se puede ser engañada; y el cuerpo
nuestro sería corriente. Ha tenido los
terribles últimos de una normal se-
ñal.



Trajo de nuevo la intranquilidad al seno de la provincia

«Nunca un espíritu ha correspondido
por el cuerpo en que se actúa, como en
el caso del Dr. Loza. La pobreza de la
carne refleja la del espíritu. Esta es la
causa que la carne que le sirve de
refugio. No luchando a creer que este
el cuerpo ha perdido la claridad. Sin
sino como muchos, muchísimos, en-
tendidos. Su ciudad es indefensa, sin principio.

«Nunca un espíritu ha correspondido
por el cuerpo en que se actúa, como en
el caso del Dr. Loza. La pobreza de la
carne refleja la del espíritu. Esta es la
causa que la carne que le sirve de
refugio. No luchando a creer que este
el cuerpo ha perdido la claridad. Sin
sino como muchos, muchísimos, en-
tendidos. Su ciudad es indefensa, sin principio.

«Nunca un espíritu ha correspondido
por el cuerpo en que se actúa, como en
el caso del Dr. Loza. La pobreza de la
carne refleja la del espíritu. Esta es la
causa que la carne que le sirve de
refugio. No luchando a creer que este
el cuerpo ha perdido la claridad. Sin
sino como muchos, muchísimos, en-
tendidos. Su ciudad es indefensa, sin principio.

«Nunca un espíritu ha correspondido
por el cuerpo en que se actúa, como en
el caso del Dr. Loza. La pobreza de la
carne refleja la del espíritu. Esta es la
causa que la carne que le sirve de
refugio. No luchando a creer que este
el cuerpo ha perdido la claridad. Sin
sino como muchos, muchísimos, en-
tendidos. Su ciudad es indefensa, sin principio.

«Nunca un espíritu ha correspondido
por el cuerpo en que se actúa, como en
el caso del Dr. Loza. La pobreza de la
carne refleja la del espíritu. Esta es la
causa que la carne que le sirve de
refugio. No luchando a creer que este
el cuerpo ha perdido la claridad. Sin
sino como muchos, muchísimos, en-
tendidos. Su ciudad es indefensa, sin principio.

«Nunca un espíritu ha correspondido
por el cuerpo en que se actúa, como en
el caso del Dr. Loza. La pobreza de la
carne refleja la del espíritu. Esta es la
causa que la carne que le sirve de
refugio. No luchando a creer que este
el cuerpo ha perdido la claridad. Sin
sino como muchos, muchísimos, en-
tendidos. Su ciudad es indefensa, sin principio.

«Nunca un espíritu ha correspondido
por el cuerpo en que se actúa, como en
el caso del Dr. Loza. La pobreza de la
carne refleja la del espíritu. Esta es la
causa que la carne que le sirve de
refugio. No luchando a creer que este
el cuerpo ha perdido la claridad. Sin
sino como muchos, muchísimos, en-
tendidos. Su ciudad es indefensa, sin principio.

«Nunca un espíritu ha correspondido
por el cuerpo en que se actúa, como en
el caso del Dr. Loza. La pobreza de la
carne refleja la del espíritu. Esta es la
causa que la carne que le sirve de
refugio. No luchando a creer que este
el cuerpo ha perdido la claridad. Sin
sino como muchos, muchísimos, en-
tendidos. Su ciudad es indefensa, sin principio.

«Nunca un espíritu ha correspondido
por el cuerpo en que se actúa, como en
el caso del Dr. Loza. La pobreza de la
carne refleja la del espíritu. Esta es la
causa que la carne que le sirve de
refugio. No luchando a creer que este
el cuerpo ha perdido la claridad. Sin
sino como muchos, muchísimos, en-
tendidos. Su ciudad es indefensa, sin principio.

«Nunca un espíritu ha correspondido
por el cuerpo en que se actúa, como en
el caso del Dr. Loza. La pobreza de la
carne refleja la del espíritu. Esta es la
causa que la carne que le sirve de
refugio. No luchando a creer que este
el cuerpo ha perdido la claridad. Sin
sino como muchos, muchísimos, en-
tendidos. Su ciudad es indefensa, sin principio.

«Nunca un espíritu ha correspondido
por el cuerpo en que se actúa, como en
el caso del Dr. Loza. La pobreza de la
carne refleja la del espíritu. Esta es la
causa que la carne que le sirve de
refugio. No luchando a creer que este
el cuerpo ha perdido la claridad. Sin
sino como muchos, muchísimos, en-
tendidos. Su ciudad es indefensa, sin principio.

«Nunca un espíritu ha correspondido
por el cuerpo en que se actúa, como en
el caso del Dr. Loza. La pobreza de la
carne refleja la del espíritu. Esta es la
causa que la carne que le sirve de
refugio. No luchando a creer que este
el cuerpo ha perdido la claridad. Sin
sino como muchos, muchísimos, en-
tendidos. Su ciudad es indefensa, sin principio.

«Nunca un espíritu ha correspondido
por el cuerpo en que se actúa, como en
el caso del Dr. Loza. La pobreza de la
carne refleja la del espíritu. Esta es la
causa que la carne que le sirve de
refugio. No luchando a creer que este
el cuerpo ha perdido la claridad. Sin
sino como muchos, muchísimos, en-
tendidos. Su ciudad es indefensa, sin principio.

(Bravo hacia elegantemente por ne-
cesidad españolas. Hasta que a que a
los dos los llamas "perlas de la guerra").
«Todo lo que dice de Mercado —
continúa — no es más que un broche
caricaturesco. ¿Recuerdan ustedes aquel
te a te que sostuve con él en la ca-
saca?

«Lo hemos olvidado.

«No trataba de la justicia de paz. He-
brido me autogratia a por ne-
cesidad españolas. Hasta que a que a
los dos los llamas "perlas de la guerra").

«Todo lo que dice de Mercado —
continúa — no es más que un broche
caricaturesco. ¿Recuerdan ustedes aquel
te a te que sostuve con él en la ca-
saca?

«Lo hemos olvidado.

«No trataba de la justicia de paz. He-
brido me autogratia a por ne-
cesidad españolas. Hasta que a que a
los dos los llamas "perlas de la guerra").

«Todo lo que dice de Mercado —
continúa — no es más que un broche
caricaturesco. ¿Recuerdan ustedes aquel
te a te que sostuve con él en la ca-
saca?

«Lo hemos olvidado.

«No trataba de la justicia de paz. He-
brido me autogratia a por ne-
cesidad españolas. Hasta que a que a
los dos los llamas "perlas de la guerra").

«Todo lo que dice de Mercado —
continúa — no es más que un broche
caricaturesco. ¿Recuerdan ustedes aquel
te a te que sostuve con él en la ca-
saca?

«Lo hemos olvidado.

«No trataba de la justicia de paz. He-
brido me autogratia a por ne-
cesidad españolas. Hasta que a que a
los dos los llamas "perlas de la guerra").

«Todo lo que dice de Mercado —
continúa — no es más que un broche
caricaturesco. ¿Recuerdan ustedes aquel
te a te que sostuve con él en la ca-
saca?

«Lo hemos olvidado.

«No trataba de la justicia de paz. He-
brido me autogratia a por ne-
cesidad españolas. Hasta que a que a
los dos los llamas "perlas de la guerra").

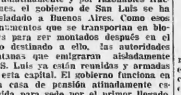
«Todo lo que dice de Mercado —
continúa — no es más que un broche
caricaturesco. ¿Recuerdan ustedes aquel
te a te que sostuve con él en la ca-
saca?

«Lo hemos olvidado.

«No trataba de la justicia de paz. He-
brido me autogratia a por ne-
cesidad españolas. Hasta que a que a
los dos los llamas "perlas de la guerra").

La Punta en Buenos Aires

Parlamentarismo y por razonables fac-
tores, el gobierno de San Luis se ha
trastornado a Buenos Aires. Como so-
nidos que se transportan en bie-
nido para ser montados después en el
sala destinado a ellos, las autoridades
que empujaron alabados de
de la, ya están resuadas y armadas
en esta capital. El gobierno funciona
en una casa de prados atinadamente
cogida para sede por el primer legio-
nario de las pases en la gran importancia
por nuestra cable central. Goberna-
dor, ministros y jefe de policía, fruen-
tamente unidos contra los trece años
de la capital cosmopolita y ruidosa,
fueron la atención desde anochecer en
todos los días que fueron distinguido
por su presencia. Su procedencia inco-
gnoscible los delata al ojo menos expe-
riente. El de adelante es el gobernador, tie-
nente custodiado por el jefe de policía
perfectamente al tanto de la corru-
pibilidad que pesa sobre de sus
debidos. La parcia larca y sonante
de la marcha, troponeando con los
piedritas del alfombrado, pidiendo
cruciales, así que los de los ca-



El señor Mercado conoce a Catamarca palmo a palmo.

«El señor Mercado conoce a Catamarca
palmo a palmo.

«El señor Mercado conoce a Catamarca
palmo a palmo.

«El señor Mercado conoce a Catamarca
palmo a palmo.

«El señor Mercado conoce a Catamarca
palmo a palmo.

«El señor Mercado conoce a Catamarca
palmo a palmo.

«El señor Mercado conoce a Catamarca
palmo a palmo.

«El señor Mercado conoce a Catamarca
palmo a palmo.

«El señor Mercado conoce a Catamarca
palmo a palmo.

«El señor Mercado conoce a Catamarca
palmo a palmo.

«El señor Mercado conoce a Catamarca
palmo a palmo.

«El señor Mercado conoce a Catamarca
palmo a palmo.

«El señor Mercado conoce a Catamarca
palmo a palmo.

«El señor Mercado conoce a Catamarca
palmo a palmo.

«El señor Mercado conoce a Catamarca
palmo a palmo.

La entrevista de los gigantes

surce trasgada por los dos emi-
nentes parlamentarios. El tema de la
conversación interesó bastante a la
historia.

Algunos detalles meritorios de la vida
electoral antaiguada, corroborados por
nuestra testimonial, señor Jerez.
Pero la trascendencia es el escepticismo
de ambos señores acerca de la posibilidad
de que se restará indeleble en el re-
cuerdo del único triunfo de la escue-
ra. Unos días después, el señor Crotto
y Ortiz se han encontrado en la
misma ciudad. La recta figura del se-
ñor, hecha al pedestal y al cambio
electoral, frente a la figura, endeble,
de ministro. El señor Crotto, de
cintura y de arbolito. Esa la bari-
metría de la vida política y de la
correr viciosamente torrencios de his-
toria, vibraciones brevísimas. Humarías
cruces, cruces misteriosas, hueras
quemando incienso al ideal común. Ha-
loria del futuro próximo y su dispa-
ria, recprocamente, cuadro de fami-
nar grandezas. Y el diputado Jerez
recta estatura de esta orquesta de al-
cantos, mudo y abismático.



La entrevista de los gigantes

surce trasgada por los dos emi-
nentes parlamentarios. El tema de la
conversación interesó bastante a la
historia.

Algunos detalles meritorios de la vida
electoral antaiguada, corroborados por
nuestra testimonial, señor Jerez.
Pero la trascendencia es el escepticismo
de ambos señores acerca de la posibilidad
de que se restará indeleble en el re-
cuerdo del único triunfo de la escue-
ra. Unos días después, el señor Crotto
y Ortiz se han encontrado en la
misma ciudad. La recta figura del se-
ñor, hecha al pedestal y al cambio
electoral, frente a la figura, endeble,
de ministro. El señor Crotto, de
cintura y de arbolito. Esa la bari-
metría de la vida política y de la
correr viciosamente torrencios de his-
toria, vibraciones brevísimas. Humarías
cruces, cruces misteriosas, hueras
quemando incienso al ideal común. Ha-
loria del futuro próximo y su dispa-
ria, recprocamente, cuadro de fami-
nar grandezas. Y el diputado Jerez
recta estatura de esta orquesta de al-
cantos, mudo y abismático.

surce trasgada por los dos emi-
nentes parlamentarios. El tema de la
conversación interesó bastante a la
historia.

Algunos detalles meritorios de la vida
electoral antaiguada, corroborados por
nuestra testimonial, señor Jerez.
Pero la trascendencia es el escepticismo
de ambos señores acerca de la posibilidad
de que se restará indeleble en el re-
cuerdo del único triunfo de la escue-
ra. Unos días después, el señor Crotto
y Ortiz se han encontrado en la
misma ciudad. La recta figura del se-
ñor, hecha al pedestal y al cambio
electoral, frente a la figura, endeble,
de ministro. El señor Crotto, de
cintura y de arbolito. Esa la bari-
metría de la vida política y de la
correr viciosamente torrencios de his-
toria, vibraciones brevísimas. Humarías
cruces, cruces misteriosas, hueras
quemando incienso al ideal común. Ha-
loria del futuro próximo y su dispa-
ria, recprocamente, cuadro de fami-
nar grandezas. Y el diputado Jerez
recta estatura de esta orquesta de al-
cantos, mudo y abismático.

surce trasgada por los dos emi-
nentes parlamentarios. El tema de la
conversación interesó bastante a la
historia.

Algunos detalles meritorios de la vida
electoral antaiguada, corroborados por
nuestra testimonial, señor Jerez.
Pero la trascendencia es el escepticismo
de ambos señores acerca de la posibilidad
de que se restará indeleble en el re-
cuerdo del único triunfo de la escue-
ra. Unos días después, el señor Crotto
y Ortiz se han encontrado en la
misma ciudad. La recta figura del se-
ñor, hecha al pedestal y al cambio
electoral, frente a la figura, endeble,
de ministro. El señor Crotto, de
cintura y de arbolito. Esa la bari-
metría de la vida política y de la
correr viciosamente torrencios de his-
toria, vibraciones brevísimas. Humarías
cruces, cruces misteriosas, hueras
quemando incienso al ideal común. Ha-
loria del futuro próximo y su dispa-
ria, recprocamente, cuadro de fami-
nar grandezas. Y el diputado Jerez
recta estatura de esta orquesta de al-
cantos, mudo y abismático.

surce trasgada por los dos emi-
nentes parlamentarios. El tema de la
conversación interesó bastante a la
historia.

Algunos detalles meritorios de la vida
electoral antaiguada, corroborados por
nuestra testimonial, señor Jerez.
Pero la trascendencia es el escepticismo
de ambos señores acerca de la posibilidad
de que se restará indeleble en el re-
cuerdo del único triunfo de la escue-
ra. Unos días después, el señor Crotto
y Ortiz se han encontrado en la
misma ciudad. La recta figura del se-
ñor, hecha al pedestal y al cambio
electoral, frente a la figura, endeble,
de ministro. El señor Crotto, de
cintura y de arbolito. Esa la bari-
metría de la vida política y de la
correr viciosamente torrencios de his-
toria, vibraciones brevísimas. Humarías
cruces, cruces misteriosas, hueras
quemando incienso al ideal común. Ha-
loria del futuro próximo y su dispa-
ria, recprocamente, cuadro de fami-
nar grandezas. Y el diputado Jerez
recta estatura de esta orquesta de al-
cantos, mudo y abismático.

surce trasgada por los dos emi-
nentes parlamentarios. El tema de la
conversación interesó bastante a la
historia.

Algunos detalles meritorios de la vida
electoral antaiguada, corroborados por
nuestra testimonial, señor Jerez.
Pero la trascendencia es el escepticismo
de ambos señores acerca de la posibilidad
de que se restará indeleble en el re-
cuerdo del único triunfo de la escue-
ra. Unos días después, el señor Crotto
y Ortiz se han encontrado en la
misma ciudad. La recta figura del se-
ñor, hecha al pedestal y al cambio
electoral, frente a la figura, endeble,
de ministro. El señor Crotto, de
cintura y de arbolito. Esa la bari-
metría de la vida política y de la
correr viciosamente torrencios de his-
toria, vibraciones brevísimas. Humarías
cruces, cruces misteriosas, hueras
quemando incienso al ideal común. Ha-
loria del futuro próximo y su dispa-
ria, recprocamente, cuadro de fami-
nar grandezas. Y el diputado Jerez
recta estatura de esta orquesta de al-
cantos, mudo y abismático.

surce trasgada por los dos emi-
nentes parlamentarios. El

ZACCAGNINI, INTENDENTE

SU PROGRAMA

PROTECCION A LA MUJER Y A LOS PENSIONISTAS DEL ZOO

El informe de los barrenderos

Nuestros reporteros son como los héroes alpinos: driblan cuantos obstáculos se les oponen, y no cesan hasta alcanzar la cumbre meta. Así han podido penetrar en la conciencia del rubicundo Zaccagnini, hasta conocer en sus íntimos detalles los proyectos que planea realizar durante su actuación al frente de la comuna.



Cuando Zaccagnini sea intendente, todo marchará al pelo...

Intendente de la comuna. A menos que el doctor Villaverde se arriesgue a la circunvalación y lo deje ahogado y esperando al visitante.

Una gran iniciativa...

—Instituir, compañero Zaccagnini, que usted será la apostófica de la salvación intendente, la qualescencia del trabajo administrativo.

—La señor. Tengo un manejo de proyectos que va los hubiera querido para el gran Alvar. Ya verá... Ya verá.

—Felpamos que le respaldará fácil pajar hacia la celebridad.

—Así lo espero. Mi abuela me decía cuando chico que con el tiempo sería trenzado.

—Que gran abuela!

—En fin, voy a referirle algunos de mis proyectos.

—Escucharme: extirpo.

—En primer lugar, please proteger a la mujer y a los pensionistas del Zoo.

—La gran dama?

—De nada... no es nada. Si sólo una declaración de intenciones. Confunde.

—Yo creo que todo lo que dice debe llegar a la mujer son un montón de balizas. Barroto que cuando crecido su libro debía estar mamado.

—Oh! Oh!

—Yo la protegeré desde la intendencia, defendiendo a la mujer que venga en gaza. ¿Que se le antoja unirse en un bar con sus amigos a conversar toda la noche? lo consiento que vele hasta que se calga sobre las asentaderas; pero, vamos a ver, ¿se acuerda usted el hecho de que una joven "demonio" le escribió francamente en un café a varios ignorantes?

—¿Que espantosa! Además, supongo que le escribirá sobre el la marca del parral de Sábana Santa o no tenía una estrella en la frente...

—Ha claro. Bueno; quedamos en que así como yo quiero la libertad de culto, deseo que la mujer haga su real voluntad, entrando donde se le antoje, a la hora que le parezca y en compañía de quien le dé la gana. Lo mismo que en Andorra.

Otra iniciativa, grande también...

—En cuanto a Orell y su pensionista, lo tengo previsto todo. Para conocer de cerca las necesidades de esos pobres animales, me he pasado una temporada visitando ostiosamente el zoológico.

—¿Qué de cómo me ha dicho con su mirada lánguida el hipopótamo? Sus muchas cosas me hacen el alma! Porque yo lo entendía perfectamente...

—Para las grandes inteligencias no hay silencio inescrutable.

—Gracias. Viendo el lujo de unas viviendas, la modestia de otras y la miseria de las más, sentí una indignación que me llegó hasta las orejas. ¿Por qué podían los jefes de dos pisos mis-

teriosos, como los emigrantes en un transatlántico, mientras Orell se da una existencia de pacha en su morrocotudo politero?

—Sería bueno, Zaccagnini, que comprara usted una coraza para sus costillas.

El mejor proyecto...

—No se retiene todavía.

—¿Por qué, hay más?

—Ahora viene lo bueno. Error decido a modificar el uniforme de los barrenderos.

—Muy importante...

—Sí, señores; desde el preciso momento en que no hay corzo de un punto, las "manitas" vendrán levitando, cubiertas de telas y anillos reman-

tes. He dicho.

Otra iniciativa, grande también...

—En cuanto a Orell y su pensionista, lo tengo previsto todo. Para conocer de cerca las necesidades de esos pobres animales, me he pasado una temporada visitando ostiosamente el zoológico.

—¿Qué de cómo me ha dicho con su mirada lánguida el hipopótamo? Sus muchas cosas me hacen el alma! Porque yo lo entendía perfectamente...

—Para las grandes inteligencias no hay silencio inescrutable.

—Gracias. Viendo el lujo de unas viviendas, la modestia de otras y la miseria de las más, sentí una indignación que me llegó hasta las orejas. ¿Por qué podían los jefes de dos pisos mis-

teriosos, como los emigrantes en un transatlántico, mientras Orell se da una existencia de pacha en su morrocotudo politero?

—Sería bueno, Zaccagnini, que comprara usted una coraza para sus costillas.

El mejor proyecto...

—No se retiene todavía.

—¿Por qué, hay más?

—Ahora viene lo bueno. Error decido a modificar el uniforme de los barrenderos.

—Muy importante...

—Sí, señores; desde el preciso momento en que no hay corzo de un punto, las "manitas" vendrán levitando, cubiertas de telas y anillos reman-

tes. He dicho.

Otra iniciativa, grande también...

—En cuanto a Orell y su pensionista, lo tengo previsto todo. Para conocer de cerca las necesidades de esos pobres animales, me he pasado una temporada visitando ostiosamente el zoológico.

—¿Qué de cómo me ha dicho con su mirada lánguida el hipopótamo? Sus muchas cosas me hacen el alma! Porque yo lo entendía perfectamente...

—Para las grandes inteligencias no hay silencio inescrutable.

—Gracias. Viendo el lujo de unas viviendas, la modestia de otras y la miseria de las más, sentí una indignación que me llegó hasta las orejas. ¿Por qué podían los jefes de dos pisos mis-

teriosos, como los emigrantes en un transatlántico, mientras Orell se da una existencia de pacha en su morrocotudo politero?

—Sería bueno, Zaccagnini, que comprara usted una coraza para sus costillas.

El mejor proyecto...

—No se retiene todavía.

—¿Por qué, hay más?

—Ahora viene lo bueno. Error decido a modificar el uniforme de los barrenderos.

—Muy importante...

—Sí, señores; desde el preciso momento en que no hay corzo de un punto, las "manitas" vendrán levitando, cubiertas de telas y anillos reman-

tes. He dicho.

Otra iniciativa, grande también...

—En cuanto a Orell y su pensionista, lo tengo previsto todo. Para conocer de cerca las necesidades de esos pobres animales, me he pasado una temporada visitando ostiosamente el zoológico.

—¿Qué de cómo me ha dicho con su mirada lánguida el hipopótamo? Sus muchas cosas me hacen el alma! Porque yo lo entendía perfectamente...

—Para las grandes inteligencias no hay silencio inescrutable.

—Gracias. Viendo el lujo de unas viviendas, la modestia de otras y la miseria de las más, sentí una indignación que me llegó hasta las orejas. ¿Por qué podían los jefes de dos pisos mis-

teriosos, como los emigrantes en un transatlántico, mientras Orell se da una existencia de pacha en su morrocotudo politero?

—Sería bueno, Zaccagnini, que comprara usted una coraza para sus costillas.

El mejor proyecto...

—No se retiene todavía.

—¿Por qué, hay más?

—Ahora viene lo bueno. Error decido a modificar el uniforme de los barrenderos.

—Muy importante...

—Sí, señores; desde el preciso momento en que no hay corzo de un punto, las "manitas" vendrán levitando, cubiertas de telas y anillos reman-

tes. He dicho.

Otra iniciativa, grande también...

—En cuanto a Orell y su pensionista, lo tengo previsto todo. Para conocer de cerca las necesidades de esos pobres animales, me he pasado una temporada visitando ostiosamente el zoológico.

—¿Qué de cómo me ha dicho con su mirada lánguida el hipopótamo? Sus muchas cosas me hacen el alma! Porque yo lo entendía perfectamente...

—Para las grandes inteligencias no hay silencio inescrutable.

—Gracias. Viendo el lujo de unas viviendas, la modestia de otras y la miseria de las más, sentí una indignación que me llegó hasta las orejas. ¿Por qué podían los jefes de dos pisos mis-

teriosos, como los emigrantes en un transatlántico, mientras Orell se da una existencia de pacha en su morrocotudo politero?

—Sería bueno, Zaccagnini, que comprara usted una coraza para sus costillas.

El mejor proyecto...

—No se retiene todavía.

—¿Por qué, hay más?

—Ahora viene lo bueno. Error decido a modificar el uniforme de los barrenderos.

—Muy importante...

—Sí, señores; desde el preciso momento en que no hay corzo de un punto, las "manitas" vendrán levitando, cubiertas de telas y anillos reman-

tes. He dicho.

Otra iniciativa, grande también...

—En cuanto a Orell y su pensionista, lo tengo previsto todo. Para conocer de cerca las necesidades de esos pobres animales, me he pasado una temporada visitando ostiosamente el zoológico.

—¿Qué de cómo me ha dicho con su mirada lánguida el hipopótamo? Sus muchas cosas me hacen el alma! Porque yo lo entendía perfectamente...

—Para las grandes inteligencias no hay silencio inescrutable.

—Gracias. Viendo el lujo de unas viviendas, la modestia de otras y la miseria de las más, sentí una indignación que me llegó hasta las orejas. ¿Por qué podían los jefes de dos pisos mis-

teriosos, como los emigrantes en un transatlántico, mientras Orell se da una existencia de pacha en su morrocotudo politero?

teriosos, como los emigrantes en un transatlántico, mientras Orell se da una existencia de pacha en su morrocotudo politero?

—Sería bueno, Zaccagnini, que comprara usted una coraza para sus costillas.

El mejor proyecto...

—No se retiene todavía.

—¿Por qué, hay más?

—Ahora viene lo bueno. Error decido a modificar el uniforme de los barrenderos.

—Muy importante...

—Sí, señores; desde el preciso momento en que no hay corzo de un punto, las "manitas" vendrán levitando, cubiertas de telas y anillos reman-

tes. He dicho.

Otra iniciativa, grande también...

—En cuanto a Orell y su pensionista, lo tengo previsto todo. Para conocer de cerca las necesidades de esos pobres animales, me he pasado una temporada visitando ostiosamente el zoológico.

—¿Qué de cómo me ha dicho con su mirada lánguida el hipopótamo? Sus muchas cosas me hacen el alma! Porque yo lo entendía perfectamente...

—Para las grandes inteligencias no hay silencio inescrutable.

—Gracias. Viendo el lujo de unas viviendas, la modestia de otras y la miseria de las más, sentí una indignación que me llegó hasta las orejas. ¿Por qué podían los jefes de dos pisos mis-

teriosos, como los emigrantes en un transatlántico, mientras Orell se da una existencia de pacha en su morrocotudo politero?

—Sería bueno, Zaccagnini, que comprara usted una coraza para sus costillas.

El mejor proyecto...

—No se retiene todavía.

—¿Por qué, hay más?

—Ahora viene lo bueno. Error decido a modificar el uniforme de los barrenderos.

—Muy importante...

—Sí, señores; desde el preciso momento en que no hay corzo de un punto, las "manitas" vendrán levitando, cubiertas de telas y anillos reman-

tes. He dicho.

Otra iniciativa, grande también...

—En cuanto a Orell y su pensionista, lo tengo previsto todo. Para conocer de cerca las necesidades de esos pobres animales, me he pasado una temporada visitando ostiosamente el zoológico.

—¿Qué de cómo me ha dicho con su mirada lánguida el hipopótamo? Sus muchas cosas me hacen el alma! Porque yo lo entendía perfectamente...

—Para las grandes inteligencias no hay silencio inescrutable.

—Gracias. Viendo el lujo de unas viviendas, la modestia de otras y la miseria de las más, sentí una indignación que me llegó hasta las orejas. ¿Por qué podían los jefes de dos pisos mis-

teriosos, como los emigrantes en un transatlántico, mientras Orell se da una existencia de pacha en su morrocotudo politero?

—Sería bueno, Zaccagnini, que comprara usted una coraza para sus costillas.

El mejor proyecto...

—No se retiene todavía.

—¿Por qué, hay más?

—Ahora viene lo bueno. Error decido a modificar el uniforme de los barrenderos.

—Muy importante...

—Sí, señores; desde el preciso momento en que no hay corzo de un punto, las "manitas" vendrán levitando, cubiertas de telas y anillos reman-

tes. He dicho.

Otra iniciativa, grande también...

—En cuanto a Orell y su pensionista, lo tengo previsto todo. Para conocer de cerca las necesidades de esos pobres animales, me he pasado una temporada visitando ostiosamente el zoológico.

—¿Qué de cómo me ha dicho con su mirada lánguida el hipopótamo? Sus muchas cosas me hacen el alma! Porque yo lo entendía perfectamente...

—Para las grandes inteligencias no hay silencio inescrutable.

—Gracias. Viendo el lujo de unas viviendas, la modestia de otras y la miseria de las más, sentí una indignación que me llegó hasta las orejas. ¿Por qué podían los jefes de dos pisos mis-

teriosos, como los emigrantes en un transatlántico, mientras Orell se da una existencia de pacha en su morrocotudo politero?

—Sería bueno, Zaccagnini, que comprara usted una coraza para sus costillas.

El mejor proyecto...

—No se retiene todavía.

—¿Por qué, hay más?

—Ahora viene lo bueno. Error decido a modificar el uniforme de los barrenderos.

—Muy importante...

—Sí, señores; desde el preciso momento en que no hay corzo de un punto, las "manitas" vendrán levitando, cubiertas de telas y anillos reman-

tes. He dicho.

Otra iniciativa, grande también...

—En cuanto a Orell y su pensionista, lo tengo previsto todo. Para conocer de cerca las necesidades de esos pobres animales, me he pasado una temporada visitando ostiosamente el zoológico.

—¿Qué de cómo me ha dicho con su mirada lánguida el hipopótamo? Sus muchas cosas me hacen el alma! Porque yo lo entendía perfectamente...

—Para las grandes inteligencias no hay silencio inescrutable.

—Gracias. Viendo el lujo de unas viviendas, la modestia de otras y la miseria de las más, sentí una indignación que me llegó hasta las orejas. ¿Por qué podían los jefes de dos pisos mis-

teriosos, como los emigrantes en un transatlántico, mientras Orell se da una existencia de pacha en su morrocotudo politero?

—Sería bueno, Zaccagnini, que comprara usted una coraza para sus costillas.

El mejor proyecto...

—No se retiene todavía.

—¿Por qué, hay más?

—Ahora viene lo bueno. Error decido a modificar el uniforme de los barrenderos.

—Muy importante...

—Sí, señores; desde el preciso momento en que no hay corzo de un punto, las "manitas" vendrán levitando, cubiertas de telas y anillos reman-

tes. He dicho.

Otra iniciativa, grande también...

—En cuanto a Orell y su pensionista, lo tengo previsto todo. Para conocer de cerca las necesidades de esos pobres animales, me he pasado una temporada visitando ostiosamente el zoológico.

—¿Qué de cómo me ha dicho con su mirada lánguida el hipopótamo? Sus muchas cosas me hacen el alma! Porque yo lo entendía perfectamente...

—Para las grandes inteligencias no hay silencio inescrutable.

—Gracias. Viendo el lujo de unas viviendas, la modestia de otras y la miseria de las más, sentí una indignación que me llegó hasta las orejas. ¿Por qué podían los jefes de dos pisos mis-

teriosos, como los emigrantes en un transatlántico, mientras Orell se da una existencia de pacha en su morrocotudo politero?

—Sería bueno, Zaccagnini, que comprara usted una coraza para sus costillas.

El mejor proyecto...

—No se retiene todavía.

—¿Por qué, hay más?

—Ahora viene lo bueno. Error decido a modificar el uniforme de los barrenderos.

—Muy importante...

—Sí, señores; desde el preciso momento en que no hay corzo de un punto, las "manitas" vendrán levitando, cubiertas de telas y anillos reman-

tes. He dicho.

Otra iniciativa, grande también...

—En cuanto a Orell y su pensionista, lo tengo previsto todo. Para conocer de cerca las necesidades de esos pobres animales, me he pasado una temporada visitando ostiosamente el zoológico.

—¿Qué de cómo me ha dicho con su mirada lánguida el hipopótamo? Sus muchas cosas me hacen el alma! Porque yo lo entendía perfectamente...

—Para las grandes inteligencias no hay silencio inescrutable.

—Gracias. Viendo el lujo de unas viviendas, la modestia de otras y la miseria de las más, sentí una indignación que me llegó hasta las orejas. ¿Por qué podían los jefes de dos pisos mis-

teriosos, como los emigrantes en un transatlántico, mientras Orell se da una existencia de pacha en su morrocotudo politero?

teriosos, como los emigrantes en un transatlántico, mientras Orell se da una existencia de pacha en su morrocotudo politero?

—Sería bueno, Zaccagnini, que comprara usted una coraza para sus costillas.

El mejor proyecto...

—No se retiene todavía.

—¿Por qué, hay más?

—Ahora viene lo bueno. Error decido a modificar el uniforme de los barrenderos.

—Muy importante...

—Sí, señores; desde el preciso momento en que no hay corzo de un punto, las "manitas" vendrán levitando, cubiertas de telas y anillos reman-

tes. He dicho.

Otra iniciativa, grande también...

—En cuanto a Orell y su pensionista, lo tengo previsto todo. Para conocer de cerca las necesidades de esos pobres animales, me he pasado una temporada visitando ostiosamente el zoológico.

—¿Qué de cómo me ha dicho con su mirada lánguida el hipopótamo? Sus muchas cosas me hacen el alma! Porque yo lo entendía perfectamente...

—Para las grandes inteligencias no hay silencio inescrutable.

—Gracias. Viendo el lujo de unas viviendas, la modestia de otras y la miseria de las más, sentí una indignación que me llegó hasta las orejas. ¿Por qué podían los jefes de dos pisos mis-

teriosos, como los emigrantes en un transatlántico, mientras Orell se da una existencia de pacha en su morrocotudo politero?

—Sería bueno, Zaccagnini, que comprara usted una coraza para sus costillas.

El mejor proyecto...

—No se retiene todavía.

—¿Por qué, hay más?

—Ahora viene lo bueno. Error decido a modificar el uniforme de los barrenderos.

—Muy importante...

—Sí, señores; desde el preciso momento en que no hay corzo de un punto, las "manitas" vendrán levitando, cubiertas de telas y anillos reman-

tes. He dicho.

Otra iniciativa, grande también...

—En cuanto a Orell y su pensionista, lo tengo previsto todo. Para conocer de cerca las necesidades de esos pobres animales, me he pasado una temporada visitando ostiosamente el zoológico.

—¿Qué de cómo me ha dicho con su mirada lánguida el hipopótamo? Sus muchas cosas me hacen el alma! Porque yo lo entendía perfectamente...

—Para las grandes inteligencias no hay silencio inescrutable.

—Gracias. Viendo el lujo de unas viviendas, la modestia de otras y la miseria de las más, sentí una indignación que me llegó hasta las orejas. ¿Por qué podían los jefes de dos pisos mis-

teriosos, como los emigrantes en un transatlántico, mientras Orell se da una existencia de pacha en su morrocotudo politero?

